

P. Juan Mielgo Serrano (1777-1825)

Un antiguo misionero agustino en Filipinas.

Contexto en que se mueve.

POR

FÉLIX CARMONA MORENO, OSA

Biografía del P. Juan Mielgo Serrano, agustino de Villamayor de Campos, misionero en Filipinas y su labor evangelizadora y social en las parroquias cebuanas de Opon y San Nicolás.

Biography of P. Juan Mielgo Serrano, augustinian friar of Villamayor de Campos, missionary in the Philippines, and his evangelization and social work in the cebuanas parishes of Opon and San Nicolas.

Introducción

Por esas circunstancias, que llamamos casualidad y, sin embargo, entran en los planes de la providencia, me enteré, no hace mucho, de que un fraile agustino de Villamayor de Campos, de finales del siglo XVIII y primeros del XIX, había sido misionero agustino en Filipinas. Tras una pequeña investigación, pude comprobar la realidad y me decidí a ofrecer esta sencilla historia a los vecinos del lugar. No obstante un hombre, un fraile sencillo, entregado plenamente a la misión de evangelizar y llevar cultura y desarrollo a otros pueblos tan lejanos, merecía dársele a conocer en una publicación más amplia para que sus obras den gloria al Padre celestial. Para eso, la revista *Archivo Agustiniiano* es la mejor plataforma. La obra de

los agustinos, su vida y trabajo, como Orden religiosa, ha sido un rico campo de misión evangelizadora en el archipiélago filipino prácticamente desde su descubrimiento en el siglo XVI.

Hemos tratado de investigar actividades personales y concretas del P. Juan Mielgo Serrano, pero no abundan demasiado; su modestia le hizo un trabajador de colaboración silenciosa, pero eficaz, según se percibe en el contexto de su campo de misión, de los cargos de responsabilidad a él confiados por los superiores mayores. Fue superior y párroco durante 20 años en Filipinas, lo cual habla por sí solo de su tarea pastoral de misión. Murió joven y dejó tras sí una estela de bien hacer. Trataremos, pues, de sacar a luz su acción misionera, su obra cultural y social dentro de un contexto histórico y geográfico, en el Extremo Oriente, donde transcurrió su vida ministerial, una vez ordenado sacerdote. Antes tengamos presente su origen, su vocación y formación para estar preparado a un compromiso tan importante.

Lugar de origen

Juan Mielgo Serrano nació en Villamayor de Campos (Zamora), en el barrio de Otero, el día 4 del mes de mayo de 1777. El barrio de Otero, cuyo nombre resulta desconocido actualmente para los habitantes del pueblo, está hoy plenamente integrado en la población sin distinción alguna. Comprendía aproximadamente la parte que va de la carretera de Villar y Castroverde hacia el oriente, en dirección al popular “pozo bueno”, incluida la zona conocida por “La Nevera”, en el lenguaje popular, incluiría una parte de la izquierda de la mencionada carretera, a partir de la llamada antiguamente plaza (laguna) de la calera. Su padre, Gaspar Mielgo, procedía de Villanueva de los Caballeros y su madre, Ángela Serrano, de Villamayor. Aquí tenía Juan a sus abuelos maternos, Simón Serrano y Águeda Barranguero. El niño fue bautizado por “*Fr. Gregorio Calderón, monje de [...] San Benito y cura de San Esteban de esta villa*”. Así consta en la partida de bautismo, que irá transcrita en un apéndice¹.

Conviene tener presente que los monjes benedictinos tuvieron en el pueblo un monasterio anejo a la iglesia de San Esteban, que quedó redu-

¹ Esta iglesia dejó de ser parroquia en 1897, y el templo y su territorio quedó bajo jurisdicción de la única parroquia, la de Santa María. Puede verse CARMONA MORENO, Félix, OSA, *Villamayor de Campos, sus iglesias. Tradiciones religiosas y expresiones de la fe de un pueblo*, EDES, San Lorenzo del Escorial 1999, 40.

cido a priorato, conforme a la denominación de la Orden para conventos pequeños, filiales y dependientes de una abadía. Así está avalado por la historia. En este caso, el convento de Villamayor de Campos lo regentaba un prior (superior), dependiente del abad del monasterio de San Zoilo de Carrión de los Condes, y la comunidad benedictina atendía el culto y los servicios parroquiales de San Esteban, que al mismo tiempo debió ser iglesia conventual. La casa-convento, es conocida aún hoy por “el priorato”, separada a unos cien metros del templo. También se la conoce por “Casa Maroto” porque, a raíz de la desamortización y expulsión de todos los religiosos de sus conventos de España por ley de 1835, dictada por el gobierno presidido por Álvarez de Mendizábal, fue adquirida por la familia Maroto, que más tarde la remodeló totalmente.

Formación fundamental

Es fácil deducir que el niño Juan recibió una formación cultural elemental en la escuela del pueblo. Quizá alternó entre Villamayor de Campos y Villanueva de los Caballeros, lugar éste donde sus padres tuvieron algún tiempo el domicilio, por motivos de trabajo. De todas formas, ya en aquellos tiempos los municipios de España, entre los que se distinguían los de Castilla y León, tenían sus escuelas rurales, que sostenían económicamente los mismos ayuntamientos, según hemos podido comprobar, y en ellas los niños/as adquirían los conocimientos, que hoy diríamos de cultural general. En algunos casos las escuelas procedían de una fundación propiciada por personajes de posibilidades económicas e influencia social. En Villamayor de Campos, por ejemplo, a mediados del siglo XVIII, D. Mateo Muñiz, canónigo tesorero de la Iglesia arzobispal de Valladolid, natural del pueblo e hijo de los primeros marqueses del Campo del Villar con residencia en nuestra localidad, fundó unas escuelas de enseñanza primaria sostenidas por sus fondos propios².

Estos estudios primarios eran la base para adquirir los conocimientos fundamentales de cultura entre la gente del pueblo. En algunos casos era el primer paso para aspirar a otros estudios medios y superiores, incluidos los

² CALVO LOZANO, Luis, *Historia de la villa de Villalpando*, Zamora 1981, 338. Debido a la fundación de la escuela por el canónigo Mateo Muñiz, “los niños de esta escuela cantaban la salve como plegaria en favor del marqués del Campo del Villar cuando éste iba al pueblo”. El marqués era hermano del fundador.

eclesiásticos. En este último caso, a partir de esa formación cultural básica, se requería, después del aprendizaje elemental, conseguir un conocimiento suficiente del latín, lengua oficial de la Iglesia, imprescindible para acceder a los estudios superiores requeridos para la ordenación sacerdotal. En esta escuela hicieron sus estudios primarios dos obispos contemporáneos de nuestro misionero, con pocos años de diferencia, D. Jacinto Rodríguez, obispo de Teruel y Cuenca, y D. Rafael Manso, obispo de Palma de Mallorca y de Zamora, además de otros clérigos y religiosos conocidos y destacados en su época³.

Queda en pie una pregunta, a la que no hemos podido encontrar respuesta concreta: ¿Dónde realizó Juan los estudios de latinidad requeridos para acceder a los estudios eclesiásticos? No contamos con datos en este caso, por lo cual haremos unas hipótesis. Frecuentemente en algunos pueblos, uno de los sacerdotes de la parroquia preparaba a jovencitos, posibles vocacionables, con clases de latín y otras asignaturas de cultura general. Es una simple hipótesis, que podemos hacer para este caso, porque en el pueblo, por aquella época, había varios sacerdotes al servicio de las parroquias o responsables de alguna capellanía de fundación en las mismas, que podían hacer esta función como sucedía en otras partes⁴. No obstante en Villamayor bien pudo estar esta enseñanza bajo la atención de los monjes benedictinos, presentes allí hasta la exclaustración de 1835, posibilidad que no tenían en Villanueva de los Caballeros.

En el caso de la probable atención de los monjes para esos estudios de latín, contamos con la práctica que se daba en algunos lugares donde había monasterio grande o pequeño. Era el caso de Sahagún de Campos y Carrión de los Condes, entre otros. De hecho hubo varios sacerdotes y religiosos, naturales del mismo pueblo, coetáneos del P. Mielgo, o anteriores y posteriores, que se distinguieron por su alto nivel cultural y conocimiento de la lengua latina. En semejante situación de aprendizaje debieron estar los arriba mencionados obispos, D. Jacinto Rodríguez y D. Rafael Manso, el aludido D. Mateo Muñiz, canónigo de la catedral de Valladolid, o el también canónigo Manso, sobrino del obispo Manso y del mismo nombre, el carmelita, P. Francisco García Cañibano, catedrático de Teología en la Universidad de Salamanca, entre otros hijos de Villamayor, amén de varios clérigos más en la época, anterior y posterior, y del mismo lugar. Todos ellos

³ *Ibid.*

⁴ CARMONA, *Villamayor de Campos, sus iglesias*. 12-13. Describe algunas capellanías de fundaciones en la parroquia.

debieron estudiar latinidad en un centro local o cercano, lo mismo que el joven Juan Mielgo. Otra hipótesis sería el estudio del latín en alguna de las llamadas preceptorías, que había en algunos pueblos con la misma finalidad, al frente de la cual se encontraba un sacerdote y maestro al mismo tiempo. De hecho, sólo con esta preparación de la lengua común de la Iglesia se podía ingresar en el noviciado de una orden religiosa o en un seminario diocesano. En fin, sea lo que fuere de estas hipótesis, lo cierto es que el joven Juan adquirió una formación suficiente de latinidad, indispensable para hacer los estudios eclesiásticos que siguió después.

Ingreso en los agustinos

Consta que de joven Juan Mielgo sintió la llamada a la vida religiosa y se puso en contacto con los agustinos. A los 20 años, el 22 de octubre de 1797, ingresa en el noviciado de los conocidos “agustinos filipinos” de Valladolid, ubicado en el paseo de Filipinos, junto al Campo Grande, cuya misión principal era prestar ayuda misionera en el gran archipiélago de las islas Filipinas. Antes de ingresar tuvo que pasar por un “examen de lengua latina y obtener las informaciones de su vida, costumbres y limpieza de sangre”⁵. Esto quiere decir que en el joven candidato los superiores vieron buena preparación cultural y cualidades humanas y espirituales merecedoras de ser admitido.

El acto de su ingreso oficial, que incluía la toma de hábito, tuvo lugar “entre las 10 y 11 de la mañana del día 22 de septiembre de 1797 ante fr. Vicente Simón, maestro de novicios”⁶. Profesó en Valladolid un año después, el 23 de octubre de 1798 “entre tres y cuatro de la tarde, ante fr. Antonio Moreno, rector”⁷ o prior del convento. En la fórmula de profesión, como

⁵ APAF [Archivo Padres Agustinos Filipinos de Valladolid], leg. 273/6 Convento de San Pablo de Manila, 3-VIII. 1818, Fr. Hilarión Díez, provincial. Algunos años más tarde recordaba el p. Hilarión Díez al responsable de la formación en el colegio agustiniano de Valladolid la importancia de la selección de candidatos aptos para la vida religiosa y misionera. Cfr. BLANCO ANDRÉS, Roberto, *Hilarión Díez, provincial agustino y arzobispo de Manila en tiempos de crisis*, en *Archivo Agustiniiano* 86 (2004) 12-13.

⁶ APAF, leg. 509/ f. 33r; leg. 617/2a, 4.

⁷ APAF, leg. 534, 570-571. JORDE PÉREZ, Elviro, OSA, *Catálogo bio-bibliográfico de los religiosos Agustinos de la Provincia del Santísimo Nombre de Jesús de Filipinas*, Manila 1901, 401; MERINO PÉREZ, Manuel, OSA, *Agustinos evangelizadores de Filipinas, 1565 a 1965*, Madrid 1965, 146.

todos los profesos en este convento agustiniano, se comprometía con juramento a ir a la misión de Filipinas si los superiores se lo pedían; es lo que llamaban el cuarto voto. He aquí las palabras de compromiso, que se añadían a la fórmula general de otros religiosos agustinos:

“Y porque el decreto de N. SS. P. Clemente XII, expedido en diez de marzo de mil setecientos treinta y seis, que comienza: *Justis et honestis penitentium votis*, se ordena que todos los que profesaren en este Colegio Seminario de Valladolid, de los Misioneros de la Provincia de Filipinas, se obliguen con juramento de que han de pasar a las Misiones Filipinas, siempre que se les fuese intimado por sus legítimos Prelados, esto mismo con juramento lo prometo: y en fe de todo lo dicho firmé mi nombre en este Colegio Seminario de Valladolid, año, mes y día, como está dicho arriba”⁸.

A continuación el rector, en nombre del rmo. p. comisario general y por la autoridad que tiene, acepta su profesión, le incorpora al cuerpo místico de nuestra sagrada religión y le afilia a la Provincia Agustiniense del Santísimo Nombre de Jesús de Filipinas, recordándole la disponibilidad, que había de tener, según su profesión y juramento, para acudir a esa misión en aquellas islas, siempre que sus legítimos prelados se lo ordenaren.

En el mismo centro agustiniano cursó nuestro misionero sus estudios de Filosofía, Teología y Cánones, como se decía entonces, y fue ordenado sacerdote el 1805. En el capítulo provincial del 24 de abril de 1806 consta la conclusión de sus estudios juntamente con los demás compañeros que terminaron en ese periodo el ciclo teológico con las siguientes palabras: “Declaramos haber concluido los estudios los pp. fr. Juan Mielgo...”⁹, y enumera igualmente los nombres de los otros que terminaron al mismo tiempo.

Vocación misionera

En el Colegio-Seminario agustiniano de Valladolid, durante el período de formación, se preparaba a los jóvenes profesos en el espíritu misionero, tan propio de la Provincia de Filipinas desde sus orígenes. El joven agustino, Juan Mielgo Serrano, descubrió allí su vocación misionera y viajaría a las islas Filipinas para ejercer esa función y continuar la misión de los antiguos miembros de su misma Orden, la primera en llegar a aquellas tierras con el mensaje cristiano.

⁸ APAF, *Libro de profesiones del Colegio seminario de Valladolid*.

⁹ APAF, leg. 17/1.

Es bueno recordar aquí que los agustinos habían arribado a Filipinas con la expedición ordenada por Felipe II y dirigida por Miguel López de Legazpi el 1564. Fueron los primeros misioneros en el archipiélago. Por voluntad expresa del propio monarca, fue en la expedición el agustino fray Andrés de Urdaneta¹⁰, que había sido marino antes que fraile agustino, acompañado de otros 4 religiosos de su misma orden. Fondearon en Bohol, después de explorar algunas islas y definitivamente arribaron a Cebú el 27 de abril de 1565. Urdaneta, de joven había navegado hasta las Filipinas, China, India y numerosas islas del Pacífico y el Índico con el capitán García Jofre de Loaisa y conocía muy bien las cartas de navegar por aquellas zonas. Conocía también perfectamente el archipiélago filipino, sobre todo la isla de Cebú, y hablaba fluidamente el idioma malayo, nos dicen los historiadores, probablemente el cebuano-bisaya. La intención del rey, al enviar esta expedición, era llevar el Evangelio de Cristo al mismo tiempo que colonizar el archipiélago que recibía su nombre. Hasta estas islas llegaría nuestro misionero.

Un largo viaje hasta la misión

El novel misionero Mielgo perteneció a la “XII Misión de 1805”, según refieren los pp. Isacio Rodríguez y Jesús Álvarez en su obra de la Historia de la Provincia de Filipinas¹¹. La expedición estaba compuesta, al final, por un total de 20 religiosos, 17 de los cuales salieron del Colegio de Valladolid, los otros tres se añadieron en México, rezagados de otras expediciones misioneras anteriores”¹².

¹⁰ URDANETA, Andrés, OSA, *Relato de mi vida*, citado por L. MARTÍN en “Relación de la vida y los viajes de fray Andrés de Urdaneta”, trabajo investigación para el programa de Miguel de la Cuadra Salcedo *Descubrimiento de la ruta del Tornaviaje*. El gran monarca escribe al p. Urdaneta en los siguientes términos: “Devoto fray Andrés de Urdaneta: Yo he sido informado de que, siendo seglar, fuisteis con la armada de Loysa, pasando el estrecho de Magallanes..., según los muchos conocimientos que diz tenéis de las cosas de aquellas tierras y entendéis de la navegación como buen cosmógrafo, sería de buen efecto que fuédeses en los dichos navíos. Yo vos ruego que de más del servicio que haréis a Dios, nuestro Señor, yo también seré muy servido...”.

¹¹ En la numeración de la expedición siguen una segunda etapa, por eso en la obra de JORDE se la llama LXX, al partir de la primera etapa del compromiso misionero de la Provincia agustiniana de Filipinas.

¹² RODRÍGUEZ, I.-ÁLVAREZ, J., *Historia de la Provincia agustiniana del Santísimo Nombre de Jesús de Filipinas*, VI, Valladolid 1994, 764.

En aquellos años había dos opciones para realizar tan inmenso recorrido de navegación. La más frecuente era rodear África por el sur, sobrepasar el cabo de Buena Esperanza, tomar rumbo a la India y, a través de Indonesia, llegar al archipiélago filipino, lugar de destino¹³. La otra opción, era utilizar la vía a México, en aquel tiempo Nueva España, que era ir al mismo punto de destino por el lado opuesto del globo terráqueo. A pesar de ser el doble más larga en tiempo invertido, tenía otras ventajas, no pasaba por otros países fuera del dominio español y se unía con hermanos del virreinato de Nueva España. De lo dicho en el párrafo anterior, se deduce que fue esta última la opción que tomaron los superiores, sin duda porque en México se les unirían los tres indicados compañeros destinados a la misma misión y rezagados de alguna expedición anterior por diversos motivos. En consecuencia podemos establecer, sin lugar a dudas, este viaje en dos largas etapas.

1. De España a México

Pocos días después del 16 de julio, fiesta de la Virgen del Carmen, de 1805, una mañana temprano, el joven p. Juan Mielgo, junto al grupo de sus compañeros, 17 nuevos misioneros agustinos, hace los últimos preparativos para ir a su misión. Ha tenido unos días de despedidas llenas de emoción, de familiares, amigos y los mismos religiosos del Colegio-Seminario. Celebrada la misa muy temprano, se reúnen en el coro del convento vallisoleitano, rezan juntos el “itinerario” u oraciones antes de emprender un viaje¹⁴. Los nuevos misioneros, acompañados de la comunidad en pleno, reciben la bendición del prior y el abrazo de los hermanos en religión, de sus familiares y amigos y salen, con su ligero equipaje, preparados para emprender la primera etapa de su periplo hasta el puerto de embarque con la idea puesta en el rumbo al extremo oriente. El trayecto iniciado en Valladolid requiere hacer varias escalas, que solían coincidir con conventos de la Orden. Era prácticamente obligado pasar por Madrid, donde con toda probabilidad se hospedaron en el convento agustiniano de San Felipe el Real, situado en la Puerta del Sol y Calle Mayor¹⁵. De aquí, en las diligencias de la época, pues

¹³ Esta ruta se halla admirablemente descrita por el p. Tirso López y transcrita por R. Blanco, según reseñamos más adelante en la nota 16.

¹⁴ El itinerario era el rezo de salmos y oraciones del ritual de la Orden para recitarlo antes de emprender un viaje.

¹⁵ Este convento agustiniano fue muy célebre, por su situación privilegiada y por los personajes de la Orden que pasaron por él. Desamortizado por el decreto-ley de 1835, ad-

no se conocía todavía el tren, se dirigen hacia Sevilla para hacerse a la mar. En la capital andaluza deberían regularizar los papeles de navegación, mientras tanto se hospedarían en el convento real conocido por “Casa grande” de San Agustín.

Sevilla era el lugar de partida más común de embarque para hacer la travesía, si bien podía hacerse en el puerto de Cádiz, de más capacidad para las embarcaciones que cruzaban el océano Atlántico. A falta de un diario de viaje, cosa que en otras expediciones hicieron algunos misioneros, señalamos los hitos principales del itinerario habitual por aquellas fechas. Podríamos reconstruir el desarrollo del itinerario inspirados, en algunos aspectos, en la magistral descripción que haría años más tarde el p. Tirso López, todavía en barco de vela, si bien éste y su grupo siguió la opción de navegar en torno al cabo de Buena Esperanza en África del sur¹⁶, bastante más corto, pero no exento de dificultades, según pueden verse en su diario. Muchas cosas de un viaje así serían semejantes o parecidas, especialmente en la distribución y utilización del tiempo, que haría más llevadera y provechosa la travesía.

La primera etapa de navegación duraría unos 52 días, pasando por los más diversos climas, diferentes países y variedad de gentes y paisajes. La nave de nuestros misioneros fue uno de aquellos galeones, que en el siglo XVIII y principios del XIX, hacían la travesía oficial hacia América. Conforme a las fuentes consultadas¹⁷, para viajar a México debieron seguir la llamada “ruta de Nueva España”, que llegaba a Cartagena de Indias en Nueva Granada (Colombia), pasaban a Portobelo en Panamá, La Habana en Cuba y tenían la meta final en Veracruz, puerto principal y puerta de entrada y salida de Nueva España (México). Con ellos viajaban soldados, oficiales, familias enteras y otros frailes misioneros de distintas Órdenes religiosas, además de llevar diversidad de mercaderías al Nuevo Mundo.

La navegación a través del Atlántico fue una experiencia singular, tanto más para nuestros pasajeros nacidos tierra adentro, que no conocían

quirido por particulares, demolido y convertido en viviendas, apenas queda rastro de él. Había otro convento de la Orden, el Colegio de la Encarnación o de D^a María de Aragón, actual Senado, pero el más recurrido era el San Felipe para hospedarse.

¹⁶ BLANCO ANDRÉS, Roberto, *La misión de 1864 a Filipinas. El manuscrito inédito de Tirso López Bardón*, en *Archivo Agustiniiano* 90 (2006) 181-232. Hace una descripción detallada de las peripecias y de los momentos más gratos, comenzando por la alegría con que recibieron la noticia de ser elegidos y nombrados misioneros, la despedida en la salida hacia Madrid y de allí a Cádiz. Hay días grises y jornadas festivas, cambios de temperaturas, días de bochorno, tormentas y pesadas calmas, conocer países de cultura extraña, etc.

¹⁷ Wikipedia, Enciclopedia libre y artículos varios en Internet.

más que las llanuras de la ancha Castilla. Navegaron siguiendo la ruta del sol, después de no ver más que la inmensidad de agua con fuertes cambios de clima, hasta llegar al calor tropical. Las horas y los días se llenaban con los rezos del breviario, lecturas, aseo de la propia ropa y demás enseres, además de contemplar la inmensidad del mar y el horizonte infinito, donde veían diariamente salir y ponerse el sol. No conocían la variedad casi infinita del océano y se sorprenden ante las olas, unas veces suavemente onduladas, otras encrespadas, sobre todo en algunos momentos de tempestad. Se admiraban de los grandes peces o cetáceos, como atunes o bonitos, delfines y tiburones, que siguen al barco por si cae algo de comer; avecillas desconocidas al acercarse a nuevas tierras, etc.

Durante la travesía celebraban su misa diaria y tenían momentos de oración en común en la capilla de la nave. A bordo también se celebran las fiestas con solemnidad litúrgica, a la que acude la mayoría de la tripulación y pasajeros. Dado el tiempo en que navegaron, coincidió la fiesta de San Agustín y, sin duda, lo celebraron con solemnidad. En ocasión semejante, años más tarde, el p. Tirso López describe detalladamente y con emoción, en su diario de viaje, cómo se celebró también la fiesta de nuestro santo padre Agustín durante su navegación. Después de la misa personal de cada uno, tuvieron la misa solemne y luego la comida especial. Incluso en este caso y otros festivos participaba la tripulación del barco y pasajeros, que acudían a toque de campana. En la mesa, nos dice el p. Tirso, no faltaban los vinos y los dulces¹⁸. Así mismo relata otras celebraciones, como la Virgen de Consolación. Estos apuntes de viaje nos dan una idea aproximada de lo que sería la travesía del p. Mielgo y sus compañeros.

Después de avistar por algún tiempo tierra americana, atracan primero en Cartagena de Indias, y luego en los mencionados puertos, donde pisan tierra firme y se comunican con otras personas del nuevo mundo, todo lo cual suavizó tanto tiempo de no ver mas que agua. Aunque eran tierras de España, se encontraron ya con un aire tropical y un ambiente variopinto en los puertos. Así llegan a Veracruz en la Nueva España (México) y tienen el primer encuentro sosegado con hermanos de hábito en el Nuevo Mundo.

La expedición apenas descansa junto a los agustinos de Veracruz y pasa casi de inmediato a la ciudad de México, donde se les espera. Recorren la distancia de unos 400 kilómetros por el camino real, durante varias jornadas y al ritmo de los medios de locomoción propios de la época, carrua-

¹⁸ BLANCO, *Viaje del R. P. Tirso López*, 218-219. Refiere el detalle de un grupo de dominicos y dos niños, que iban también a Filipinas, para cantar la misa.

jes, diligencias o caballerías. Pronto sintieron el fraternal abrazo de los hermanos agustinos de ultramar, que les esperan. Probablemente se hospedan en el convento principal de la Orden en la capital del virreinato, San Agustín, en el centro de la ciudad. Es tiempo de descansar. En la capital, de clima templado, permanecieron un tiempo prudencial, durante el cual pudieron recuperar energías, mientras se preparaban los otros tres misioneros que habían quedado en un viaje anterior, según dijimos en su lugar. Repuestos de fuerzas y pertrechos de lo necesario, los 17 misioneros, ahora 20, sumados los tres que esperaban, continúan por tierra y mar hacia Filipinas.

2. De México a Filipinas

Para seguir a su destino, la expedición cruza el continente americano hacia occidente hasta llegar a Acapulco, el más importante puerto de Nueva España (México) en el Pacífico y punto de embarque obligado para dirigirse al extremo oriente. Debieron recorrer unos 380 kilómetros el trayecto del camino real durante varias jornadas y en medios semejantes a los utilizados de Veracruz a México, ¿carruajes?, ¿diligencias?, ¿caballerías? En Acapulco les espera el galeón de Manila¹⁹ para realizar la travesía más larga de navegación, ahora a través del océano Pacífico hasta llegar a su destino, las islas Filipinas.

Nuestros misioneros, p. Mielgo y compañeros, se embarcaron en este puerto de Acapulco donde se movía un hervidero de gente, que acudía al lugar de embarque para hacer sus pequeños negocios de ventas o despedir a los viajeros; la mayoría para emprender el mismo viaje, algunos misioneros de otras Órdenes religiosas y muchos más, generalmente con otra finalidad, como cumplir una función de estado. Tomaron su puesto en la nao *Santísima Trinidad* y *Ntra. Sra. del Buen Fin*, nombre del último “Galeón de Manila” en hacer esta ruta marítima. Éste terminó su servicio en 1815, después de la declaración de independencia de México. Se decía por entonces que “los galeones iban cargados de plata y de frailes”. La verdad es que iban muchos misioneros, pero también todo tipo de pasajeros, entre ellos soldados y oficiales, comerciantes y algunos aventureros. Llevaban plata, en lingotes y monedas del mismo metal acuñadas en México para adquirir productos orientales: especias, sedas, porcelanas, marfil, etc.

¹⁹ El galeón de Manila era en realidad una serie de barcos, que circularon entre Acapulco y Manila durante unos 250 años, desde 1565 a 1815. El último fue el de la *Santísima Trinidad* y *Santa María del Buen Fin*. Según algunos historiadores esta embarcación se construyó el 1751 y dejó de funcionar el 1815.

Debieron zarpar rumbo a su destino un día de las dos últimas semanas de febrero o primeras de marzo, tiempo propicio para contar con vientos favorables en la travesía. Eran los primeros meses del año 1806. La duración exacta del viaje era imprevisible pues la velocidad dependería mucho de los vientos favorables o no para henchir las velas. Los datos históricos hablan de tres y hasta cuatro meses para recorrer las 8.000 millas aproximadas entre Acapulco y Manila. Se habla de una sola escala en la isla de Guam, al sur de las islas Marianas y la más grande de aquellas, cuya capital Agaña y el puerto Umatac eran de gran importancia estratégica para España. La táctica era evitar otras tierras para esquivar a la piratería de ingleses u holandeses.

Demos una breve mirada histórica hacia las rutas de los primeros viajes de las antiguas expediciones de nuestros descubridores y conquistadores, entonces ya fijadas. Concretamente pensamos en la ruta seguida por el célebre agustino Andrés de Urdaneta (1564), primer misionero de las islas Filipinas, junto a sus cuatro compañeros agustinos, viaje al que hicimos referencia más arriba. En aquel caso, para la ida, debieron ajustarse a las instrucciones del virrey²⁰, no a lo más práctico, y resultó más largo al tener que hacer escalas en algunas islas. Nuestro Urdaneta, que conocía mejor que el virrey las cartas de navegar, no estaba de acuerdo, pero ya no había remedio, cuando abrieron las instrucciones, ya estaban muy lejos. En cambio para el llamado tornaviaje el mismo Urdaneta, éste descubriría la mejor ruta, más segura y práctica. En el caso del viaje del p. Mielgo y compañeros, ya navegaban sobre seguro.

Durante el largo trayecto nuestros navegantes deberían soportar tormentas, a veces temerosas, así como la llamada “calma chicha”, producida por falta de viento para henchir las velas de la nao, cosa que retrasaba la navegación y hacía pesado el verse estacionados en medio de la inmensidad de agua. Con todo podemos ver al p. Mielgo y sus compañeros de la misión agustiniana en momentos de compartir algunos actos. Es fácil suponer que sería lo mismo o muy semejante a lo que fue el trayecto de España a Nueva España. Por lo cual tendrían algunos momentos de oración común, su ce-

²⁰ UNCILLA ARROITAJÁUREGUI, Fermín de, OSA, *Urdaneta y la conquista de Filipinas*, San Sebastián 1907, 194. Aquellas instrucciones abiertas “a cien leguas mar adentro” determinaban una serie de escalas. El gran marino y fraile agustino, Urdaneta, se sintió contrariado. En el retorno descubrió la vía más segura para regresar a México. Gracias a sus grandes conocimientos del mar y los vientos buscó esta ruta, que sería más larga, pero más segura conocida por el “*Tornaviaje*”. La expedición de Legazpi con Urdaneta no salió de Acapulco, sino del Puerto de Navidad.

lebración diaria de la misa, aparte de su solidaridad con la tripulación y el pasaje entero en todo momento. También tenían las celebraciones de fiestas, entre los largos espacios de serenidad y descanso. Las celebraciones litúrgicas del calendario de la Iglesia eran algo natural y lógico en aquellas circunstancias, como hemos comprobado en el diario de viaje del p. Tirso López. Hemos visto que las embarcaciones de la época iban preparadas para todos estos actos y es verosímil una reconstrucción para celebrarlas puntualmente. En aquella travesía de nuestros misioneros por el Pacífico, coincidió el tiempo de la Cuaresma y Semana Santa y podemos comprender la celebración ferviente de aquellos días santos. Esto era parte del desarrollo de la vida y actividades de este grupo, que navegaba por el Pacífico norte, mudo testigo de dolores y alegrías, de ilusiones y esperanzas hasta arribar a buen puerto.

La llegada a Manila, la capital del archipiélago filipino, fue una explosión de alegría en la tripulación y el pasaje entero, era la meta en la que tenían puestos sus pensamientos y deseos. Desde que entraron en la bahía de Manila, los compañeros de la expedición del p. Mielgo buscaban con la vista hábitos agustinianos de hermanos misioneros que les esperaban con los brazos abiertos en tierra. Su llegada debió ser aproximadamente en el mes de mayo de 1806. También aquí nos vale la descripción del p. Tirso López para representar la escena de acogida fraterna²¹. Podemos ver, como dice este misionero en su caso, a varios “pp. de los nuestros, que habían ido de la ciudad con hábitos y sombreros...,” y esperaban en el puerto a estos nuevos operarios de la misión. Los pp. Juan y compañeros dejaron el buque, embarcaron en una lancha y saltaron a tierra llenos de regocijo y abrazaron a los hermanos de hábito. La comunidad en pleno les esperaba en el convento con los brazos abiertos, de momento, con deseos de noticias de la patria tan lejana e incorporarlos después a la tarea.

Ambientación, allí todo es nuevo

Terminado el largo viaje y recuperadas las fuerzas, era la hora de conocer el propio suelo, aquella nueva tierra y sobre todo aquellas personas nativas con su cultura. Ahora, diríamos en estos tiempos, había que inculturizarse, entrar en contacto con la nueva realidad geográfica y sobre todo

²¹ BLANCO, *Viaje del R. P. Tirso López*, 222. El p. Tirso refiere con emoción aquellos momentos de desembarco y encuentro con los hermanos al llegar a Manila.

humana de gente con rasgos faciales tan característicos e idiomas diversos, tan acogedores y tan receptivos, con su historia y sus tradiciones en muchos casos mezclados ya con los aportes de los españoles. Había que comenzar por la capital, Manila. El archipiélago con más de siete mil islas, está dividido geográficamente en tres grandes bloques, Luzón, Bisayas y Mindanao.

Manila fue fundada en 1571, en Luzón, la más grande de las islas, por los navegantes españoles, que la convirtieron en una bella ciudad capital protegida por su estratégica situación geográfica. El antiguo convento de San Pablo, luego de San Agustín de Manila, era la casa madre de la Provincia, por eso los agustinos se volcaron en hacerla acogedora. Hoy puede admirarse este convento cargado de historia con su tesoro artístico. Aquí permanecieron nuestros misioneros y compañeros durante un tiempo prudencial para descansar y recibir información, además de obtener un mínimo conocimiento fundamental de tan variado país. Efectivamente los recién llegados, entusiastas sacerdotes jóvenes, tras un viaje de miles de kilómetros, dejando atrás patria, familia, ambiente cultural y geográfico, necesitaban prepararse para poder contactar con aquellos feligreses tan distintos a los de sus pueblos de España. Por los datos con que contamos se puede colegir que debieron pasar en torno a un año para ambientarse antes de ir a su destino. Había que conocer, insistimos, también la cultura e idiosincrasia, las costumbres de aquellos a quienes iban a evangelizar y catequizar, incluso iniciarse en el idioma propio de la región donde debían trabajar a fin de poder comunicarse directamente con sus feligreses.

No tenemos constancia de si Mielgo quedó todo este tiempo en Manila o pasó pronto a Cebú, en zona geográfica de los Bisayas, considerada la cuna del cristianismo en Filipinas, ya que hasta 1807 no recibe destino ministerial fijo. Aquí, en esta isla y en esta ciudad, los primeros misioneros agustinos, 1565, habían encontrado la imagen del Niño Jesús, conocido como “Santo Niño de Cebú”, imagen de una devoción extraordinaria en las islas. Cebú, ciudad del mismo nombre que la isla, fue la primera capital del archipiélago hasta que poco después se fundó Manila con la indicada finalidad. Es Cebú actualmente la segunda ciudad en importancia económica y comercial de estas islas. En ella tenían los agustinos su convento principal de la zona, fundado a su llegada al archipiélago, desde el cual irradiaba su evangelización. La isla está situada en el corazón del archipiélago y se la llama “La Reina del sur”. Lo primero que debió hacer el p. Juan, fue acercarse a venerar la imagen del Santo Niño, que permanecía en la primera iglesia levantada en Filipinas, convertida ya en santuario, bajo la custodia de aquella comunidad agustiniana que le recibía. El santuario es visitado diariamente por miles de peregrinos de todas las islas.

Proyecto común: evangelización y promoción humana

Llegó el momento de ponerse en acción. El proyecto de trabajo era común para todos nuestros misioneros. Se debía conjugar la enseñanza del Evangelio, dar a conocer bien a Cristo, y promover el desarrollo humano. El misionero ya conocía inicialmente su campo de trabajo, al menos de forma global; el contacto con las gentes de su parcela le llevaría hacia un conocimiento, incluso personalizado de la gente. Los 22 años de vida y misión, que el p. Juan Mielgo tenía por delante, guardan el secreto de su fecundo ministerio en aquella provincia de los Bisayas, primero en Opon, en la pequeña isla de Mactán y después en San Nicolás de Tolentino en Cebú.

Sin perder, pues, de vista la finalidad fundamental, la misión apostólica o función pastoral, también cuidará la promoción humana y vida social de aquellas buenas gentes, a las que los misioneros organizan y estimulan para conseguir el mayor rendimiento de sus productos de la tierra y adquirir un buen nivel de conocimientos. Fue táctica de nuestros misioneros agustinos ya en América y demás tierras descubiertas y evangelizadas, desde el primer momento. Así, pues, como hicieron los antiguos misioneros desde el principio, levantaban escuelas donde se enseñaban a los naturales los distintos conocimientos y valores humanos y culturales. Hay datos tan abundantes que resulta innecesario recordarlos. No obstante me remito, como ejemplo, al excelente trabajo del p. Policarpo Hernández, OSA, sobre la labor social de los agustinos en Filipinas. “Los misioneros, dice, no sólo se dedicaban a la conversión de los filipinos y sus necesidades espirituales, sino que, desde su llegada se preocuparon también de mejorar su situación material”²². Consta cómo enseñaron y ayudaron a trazar caminos, calzadas y puentes, fundar pueblos, construir edificios confortables, limpiar campos de forma que mejorara lo posible el cultivo, seleccionar semillas o utilizar instrumentos de trabajo más eficaces que los suyos habituales. Así cumplieron su compromiso nuestros misioneros. Y ahora, después de ver el proyecto común de trabajo apostólico, veamos al misionero en su campo concreto.

²² HERNÁNDEZ FERNÁNDEZ, Policarpo, OSA, *Los Agustinos y su labor social en Filipinas*, en *Archivo Agustiniiano* 93 (2009) 79.

Opon, Mactán de ayer a hoy

La primera responsabilidad misional de cura de almas, que la obediencia encomendó al p. Juan Mielgo, fue Opon, principal población de la pequeña isla de Mactán. Mactán es una isla de origen coralino, es decir, formada por grandes colonias de corales, como tantas otras del Pacífico, de poca altura sobre el nivel del mar. A través del tiempo iría rellenándose por diversos materiales de aluvión y formándose el humus que hacían apto el suelo para la vegetación, capaz de producir diversidad de frutos. Separada de la isla grande de Cebú por un estrecho canal, se halla frente a la ciudad capital de la provincia de Cebú en la costa oriental de ésta. En las aguas cristalinas, que la rodean, se hallan serpientes marinas y tiburones. Está tan próxima a Cebú que actualmente Opon o Lapu-Lapu, en la actualidad, se une a aquella por dos grandes puentes. Es más, en esta pequeña isla se halla hoy el aeropuerto de la ciudad, el segundo aeropuerto internacional del país en importancia y movimiento de pasajeros y comercio.

Opon, pueblo fundado por los agustinos en 1730, se desarrolló gracias a la organización civil y cristiana, realizada por los misioneros agustinos. El 1795, con autorización del rey Carlos IV, se convirtió en curato o parroquia²³. A la llegada del p. Mielgo Opon tenía ayuntamiento, iglesia parroquial, escuela y 28 recintos dependientes del centro parroquial, que debía atender en todos los aspectos de la vida de sus vecinos. El pueblo, como toda la isla de Mactán, era enteramente rural, vivía de la agricultura y de la pesca, mientras que en la actualidad, convertida en próspera ciudad, es industrial y toda la isla es conocida por la producción de muebles y guitarras y otros instrumentos musicales; además es destino de turismo con su consiguiente amplia rama de hostelería. En 1961 se cambió de nombre a Opon por el de Lapu-Lapu, nombre del héroe filipino, que hizo frente, con unos 1.500 hombres bajo su mando, a la pequeña tropa de Magallanes con tan sólo 49, al que tendió una celada, en la que éste gran navegante perdió la vida.

La iglesia provisional fue levantada por los mismos misioneros a raíz de la fundación del pueblo, pero la que encontró el p. Mielgo fue construida de nueva planta con piedra de sillería entre 1736 y 1749 por el p. Francisco Aballe. Tenía 60 metros de longitud por 23 de anchura y 14 de altura²⁴. Más tarde, junto a la iglesia, los pp. Aguirre, Romanillos y Albarrán construyeron el cementerio también en piedra de sillería²⁵. Allí encontró nuestro mi-

²³ RODRÍGUEZ, *Historia de la Provincia de Filipinas*.

²⁴ MARÍN MORALES, Vicente, OP, *Ensayo de una síntesis de los trabajos realizados por las correspondientes corporaciones religiosas españolas en Filipinas*, II, Manila 1901, 108.

²⁵ *Ibid.*

sionero una arraigada devoción a la Virgen de Regla, que presidía su capilla y se convertiría en la titular de la parroquia. La venerada imagen fue llevada, hacia 1735 por el mencionado misionero agustino fr. Francisco Aballe, desde Chipiona (Cádiz), en cuyo convento de Ntra. Sra. de Regla vivía hasta presentarse a ir voluntario de misionero a las islas Filipinas. Por la importancia que adquirió la devoción popular entre los fieles de Opon, me permito transcribir parcialmente el documento citado por el p. Blas Sierra de la Calle, que se halla en el archivo de la parroquia local²⁶:

“Luego que vieron el retrato que les mostró el padre (a los feligreses en quienes despertó gran devoción) hízola un cuadro, en donde puso el retrato y lo colocó en el altar; al mismo tiempo uno de los principales llamado Cruz Ladrón, enfermo, mandó encender dos velas y enseguida cesó su malestar y se puso bueno. He aquí el principio de la devoción a la Virgen de Regla, no solo de los vecinos de Opong, sino también por la multitud de misericordias realizadas por esta Gran Señora”²⁷.

Conviene recordar que esta advocación mariana se remonta a san Agustín, según la tradición y la leyenda. Su origen primigenio está inspirado en un pasaje de las *Confesiones* del obispo de Hipona, en el que el santo recuerda el sueño que tuvo su madre, santa Mónica, en el que vio un ángel de pie sobre una regla de madera y le consoló con estas palabras: “donde estás tú estará tu hijo Agustín”, lo cual se hizo realidad unos años más tarde, cuando convertido abrazó la misma “regla de fe” que su madre²⁸. La leyenda añade que san Agustín habría mandado esculpir la imagen para tenerla en su oratorio y ante ella escribiría el santo su *Regla* de vida monástica. Para salvarla de la invasión de los vándalos sobre todo el norte de África, un grupo de monjes huyó con ella en un barco, que los vientos llevaron a las playas de Chipiona (Cádiz), donde le levantó una ermita y luego un monasterio agustiniano. De este monasterio llevó una copia consigo el p. Aballe, según queda indicado²⁹.

²⁶ SIERRA DE LA CALLE, Blas, OSA, *Los Agustinos y el arte Hispano-Filipino*, en *Archivo Agustiniiano* 93 (2009) 343.

²⁷ *Ibid.*

²⁸ AGUSTÍN, *Confesiones*, 3, 11, 19.

²⁹ LAZCANO GONZÁLEZ, Rafael, *Historia, leyenda y devoción a Ntra. Sra. de Regla, en Advocaciones marianas en la Orden de San Agustín*, en *Advocaciones marianas de Gloria* (=Colección del Instituto Escorialense de Investigaciones Históricas y Artísticas 36), II, EDES, San Lorenzo del Escorial 2012, 624. La leyenda fue recogida por el agustino fray Diego de Carmona Bohórquez (1590-1653) en obra inédita *Historia Sacra*. Véase también el artículo ya citado del P. Blas Sierra.

La gran devoción despertada entre los isleños por la Virgen de Regla, según la misma fuente del precedente documento, hizo que “los principales del lugar costearan la realización de una nueva imagen en talla. La escogieron como patrona del pueblo y la adornaban con preciosos vestidos”³⁰. Se hizo muy popular entre los fieles de modo particular entre las mujeres, que, al igual que en otras partes, interpretaron el título de Nuestra Señora de Regla, no solo por la regla de fe, que fue su origen, sino como protectora en las enfermedades o irregularidades de la regla femenina. En la actualidad tienen nueva imagen labrada en madera policromada, para sustituir la primitiva destruida juntamente con la iglesia en la Segunda Guerra Mundial³¹.

1. El p. Mielgo en Opon, campo abierto a la acción

El pueblo de Opon y la pequeña isla, decíamos, fue el campo de entrenamiento y perfeccionamiento, donde ejerció el p. Mielgo su ministerio sacerdotal y su labor de promoción humana. El misionero se adaptó bien al clima tropical, cuya temperatura media es de unos 30° y allí trabajó denodadamente durante doce años, 1807 a 1819³². Como párroco gobernaba la vida religiosa y también civil del pueblo. Esto suponía dominar la lengua popular, el bisaya-cebuano. El misionero proporcionaba a los naturales los medios más eficaces para el cultivo, incluso la selección de semillas para la siembra de los productos vitales de la población. Éstos debían ser muy semejantes a los de la próxima isla de Cebú.

En cuanto a la misión por aquellos primeros años del siglo XIX, la mayoría de la población ya era cristiana, gran parte de sus moradores estaban bautizados, pero necesitaban permanente atención para fomentar su vida religiosa. De ahí la necesidad de las catequesis de niños, de adolescentes y tal vez de adultos, así como la preparación y administración ordinaria de los sacramentos. Cuando llegó el p. Mielgo indudablemente todo el sistema de evangelización y obra social estaba en marcha. A él le tocó continuar el trabajo, tarea siempre ardua, paciente y perseverante. Otros misioneros agustinos trabajaban aunados en aquella admirable empresa religiosa y cultural, de la que quedan espléndidos frutos. Tenían catecismos en sus principales idiomas, obras de arte, como pinturas y esculturas, y sencillas estampas, que

³⁰ SIERRA DE LA CALLE, *Agustinos y arte Hispano-Filipino*, 343.

³¹ GALENDE, Pedro G., OSA, *Angels in Stone. Architecture of Augustinian Churches in the Philipines*, Manila 1987, 455-456.

³² En una lista de párrocos de San Nicolás de la isla de Cebú, designa al p. Mielgo párroco a partir de 1817.

utilizaba como instrumentos pedagógicos para ahondar en la evangelización y la catequesis³³.

En Opón y en toda la isla de Mactán, nuestro misionero agustino conjugaba ordenadamente la formación religiosa, la cultural y la agrícola. Era padre y protector de los naturales y velaba por su seguridad y bienestar. En su contexto cuadra muy bien la organización que promovían los misioneros agustinos, según testimonio recogido en el citado trabajo del p. Policarpo Hernández. De los tiempos del p. Juan Mielgo, data el informe que menciona este autor, tomado de Tomás Comyn en 1810 y aplicado a cada misionero como individuo agustino y a todos como equipo: “era (el misionero) consolador de los afligidos, el pacificador de las familias, el promotor de las ideas útiles, predicador y ejemplo de todo lo bueno”, a lo cual añade el p. P. Hernández: “el misionero, párroco, era el que se ocupaba del bienestar de los filipinos...”³⁴. Con esto nos corroboran algo ya conocido por nuestros historiadores, esto es, que el misionero se preocupaba de la vida cristiana, humana y social de la gente.

Mielgo en San Nicolás, Cebú. Contexto histórico y geográfico

El 1819, según la información de Jorde, el p. Juan Mielgo es trasladado al pueblo de San Nicolás de Tolentino. No obstante, en una lista actual de párrocos de esta parroquia figura como tal el 1817³⁵. Esta parroquia era otro centro misional de los agustinos cercano a su primer destino de Opon, pero en la isla de Cebú y próximo a la ciudad del mismo nombre, de características culturales y económicas similares a Opon en aquel momento.

Este pueblo de San Nicolás de Tolentino, juntamente con el convento del mismo nombre, se fundó muy pronto por los agustinos de primera hora, en conformidad con la determinación del VI capítulo provincial de los agustinos de aquella nueva provincia, el 16 de mayo de 1584, afirma el historiador Felipe Redondo y Sendino, fiscal de la misma diócesis³⁶. Cita aquí como fuente palabras de la Historia del p. Gaspar de San Agustín, (p. 423) cronista

³³ SIERRA DE LA CALLE, *Agustinos y arte Hispano-Filipino*, 337.

³⁴ HERNÁNDEZ, *Agustinos y su labor social en Filipinas*, 81.

³⁵ Parish Priest of San Nicolás from 1584 to present, en Balananong Bahandi, en Wikipedia en Internet.

³⁶ REDONDO SENDINO, Felipe, *Breve reseña de lo que fue y de lo que es la diócesis de Cebú en las Islas filipinas*, Manila 1886, 150.

de las islas Filipinas. Tuvo como primer cura o párroco a fr. Alonso Serrano, OSA³⁷. La población de San Nicolás durante la época colonial tenía su ayuntamiento o consejo municipal y todos los servicios religiosos y civiles, bajo los cuidados y la supervisión de los párrocos misioneros.

San Nicolás estaba próximo a la ciudad de Cebú, con la cual “colinda, al este y las divide el puente del Tabuada o torrente de la Fagina, a pocos minutos, escribe Redondo y Sendino, hasta donde llegaba un extenso terreno perteneciente al santuario del Santo Niño, parte del cual fue donado por los agustinos a nuestros hermanos los agustinos recoletos en el siglo XVIII. Allí levantaron los recoletos una ermita y convento desde el cual atendían la pastoral de varios poblados pequeños como Cotcot y Nahalin. Son muy emotivas las palabras de gratitud para con la generosidad de los “padres calzados” (agustinos) del p. Licinio Ruiz en su *Sinopsis Histórica*, por donar el solar³⁸. En este mismo lote levantaron los recoletos mucho después la Universidad de San José, dice el p. Ángel Martínez Cuesta.

En la actualidad el pueblo de San Nicolás queda absorbido por la gran ciudad de Cebú y hoy figura como un barrio importante con su parroquia, la misma tradicional del santo agustino. La fusión tuvo lugar el 18 de abril de 1901, poco después de la independencia del archipiélago filipino³⁹.

El p. Mielgo se encontró allí con un centro de evangelización y parroquia con una gran base histórica y tradicional de más de dos siglos de vida activa. A él le tocó una vez más continuar aquella labor misionera de tan beneméritos predecesores. En esta comunidad fue además prior vocal, lo cual suponía representatividad y formar parte de un grupo de priores con voz y voto en el capítulo provincial en conformidad con las Constituciones de la Orden y Estatutos de la Provincia.

La amplia y hermosa iglesia de San Nicolás del tiempo del p. Mielgo, databa de años anteriores, la había terminado el agustino p. Ambrosio de Otero entre 1787 y 1804. Varios historiadores coinciden en la descripción de su estructura. Nos dicen que era de mampostería, estilo toscazo [*sic*], 67 metros de largo, con gran crucero, por 17 de ancho y 9 de alta en la nave y 19 en la fachada. Fue obra de varios párrocos agustinos. La esbelta y sólida torre campanario de tres cuerpos fue construida gracias al p. Manuel Cor-

³⁷ Balananong Bahandi, en Internet.

³⁸ RUIZ, Licinio, OAR, *Sinopsis histórica de la provincia de San Nicolás de Tolentino de las Islas Filipinas de la Orden de Agustinos Recoletos*, I, Manila 1925, 142-144. Agradezco al P. Martínez Cuesta, OAR, historiador de la misma Orden, que me facilitó estos datos.

³⁹ Balananong Bahandi.

dero y luce un reloj. Más tarde se construyó un cementerio de casi 3.000 metros cuadrados. Para completar el conjunto parroquial los pp. Manuel Cordero, Juan Mielgo y Bernardo Giganto, entre 1804 y 1825, se implicaron en la construcción de una casa parroquial-convento más confortable y funcional⁴⁰. Lástima que toda esta obra sólida y artística fuera destruida en los bombardeos por la “División America” de Estados Unidos el 25 de marzo de 1945. Sobre el solar, con la ayuda de los Caballeros de Colón, levantaron el nuevo templo y centro parroquial que hoy se ve⁴¹.

En San Nicolás tuvo que implicarse y se implicó de lleno, el misionero Mielgo, en la labor social, que realizaban los religiosos juntamente con la evangelización. El trabajo pastoral y de promoción humana en esta parcela misionera sigue los mismos objetivos y prácticas descritas arriba sobre el trabajo pastoral realizado en la vecina isla de Mactán: formación humana y cultural como atención a escuelas y enfermos, ayuda al desarrollo integral de su feligresía, amén de las tareas de catequesis de niños y adultos. No obstante, este nuevo campo de trabajo tenía sus peculiaridades; al estar tan cerca de la ciudad participaba algo de los problemas urbanos. En el correr de los años esta parroquia quedó integrada en la gran ciudad de Cebú, que expandía, según queda dicho, y es un barrio importante y una parroquia floreciente.

Para completar de alguna manera la obra del p. Mielgo, queremos consignar que fue contemporáneo de los pp. Julián Bermejo y Enrique Magaz, que trabajaron en la isla de Cebú. Del primero destaca el p. Hernández la extraordinaria actividad que desplegó en el fomento de la agricultura y otras obras socioeconómicas en la zona⁴². La isla de Cebú, observa el mismo p. Hernández, dada su orografía montañosa, no es muy propicia para ciertos productos como el arroz, base de la alimentación de los filipinos, allí “abundaba más la caña de azúcar, el algodón y bastante cacao, el mejor de las islas”⁴³. Dada la cercanía del campo de acción de aquellos y la del p. Mielgo, es probable que nuestro misionero compartiera inquietudes y se beneficiara de experiencias de los compañeros en la misma isla de Cebú. Si su obra no fue de iniciativas personales, sí lo fue de colaboración, continuación y consolidación y gestor de las mismas, labor de fundamental importancia para asegurar el fruto de la evangelización, la obra social y la promoción humana entre la feligresía y la población en general de la región.

⁴⁰ MARÍN MORALES, *Ensayo de una síntesis*, 107-108.

⁴¹ Parish Priest of San Nicolas from 1584 to present.

⁴² HERNÁNDEZ, *Agustinos y su labor social en Filipinas*, 107-108.

⁴³ *Ibid.*, 107.

Le tocó al p. Juan Mielgo un período difícil por la escasez de misioneros para un campo tan amplio, la tensión entre obispos y religiosos y el afán de la política de la metrópoli por secularizar las parroquias regentadas por religiosos, es decir, entregarlas a los curas seculares, que estuvieran sujetos en todo a los obispos⁴⁴. En la provincia de Cebú, por aquellos años en que Mielgo pasa de Opon a San Nicolás, los agustinos atendían 5 pueblos en Cebú: San Nicolás, Argao, Dalaguete, Opon y Bolhon⁴⁵, con un total de 33.690 feligreses. Lógicamente aparte cuidaban del santuario del Santo Niño. Precisamente en Cebú fue donde se produjeron más cambios, constata R. Blanco en el artículo citado, en el que ofrece además el testimonio del p. Hilarión Díez, precisamente Provincial a la sazón.

Si en la emancipación de las islas había 228 agustinos repartidos en 22 provincias del archipiélago, en 211 pueblos y 17 misiones, según constata el p. Blas Sierra⁴⁶, en los años de escasez, que le toca vivir al p. Mielgo, eran muchos menos, en 1819 apenas 74 religiosos⁴⁷. Con razón se lamentaba el provincial Hilarión Díez. Vale la pena reproducir aquí algunas de sus palabras:

“En las provincias de Zebú e Iloilo, las que también he tenido el gozo de visitar a costa de muchos trabajos... Como en la carestía que siempre ha habido en estas provincias de Visayas..., se han visto precisados los pocos párrocos regulares, que ha habido y hay actualmente, a redoblar su celo, predicación y cuidado pastoral... Puedo asegurar, sin temor a ser desmentido, hay numerosos pueblos... en los cuales no hay niño o niña, que llaman “escuelas”, que no sepa leer y escribir, fortuna que no logran muchas ciudades de nuestra Península”⁴⁸.

Entre estos celosos e infatigables párrocos estaba el p. Juan Mielgo, que por aquellas fechas, en las que escribe el p. Hilarión, llevaba al menos 12 años de trabajo misionero en la provincia de Cebú. Sin duda fue uno de los esforzados sacerdotes agustinos, que debieron multiplicar sus energías para atender a tantas necesidades pastorales y de formación humana de los habitantes filipinos.

En la parroquia de San Nicolás le sorprendió la muerte a nuestro misionero p. Juan Mielgo, el 2 de abril de 1825, cuando iba a cumplir 47 años.

⁴⁴ BLANCO ANDRÉS, Roberto, *La administración parroquial de los agustinos en Filipinas. Escasez de religiosos y secularización de curatos*, en *Archivo Agustiniiano* 87 (2003) 186.

⁴⁵ *Ibid.*, 210.

⁴⁶ SIERRA DE LA CALLE, *Agustinos y arte Hispano-Filipino*, 329.

⁴⁷ BLANCO, *Administración parroquial de los agustinos en Filipinas*, 191-192.

⁴⁸ *Ibid.*, 210-211.

No hemos podido ver la causa inmediata de su temprano fallecimiento o la enfermedad, que le fuera minando la salud. El caso es que muere en una edad de plenitud de vida para el rendimiento apostólico y social en la misión encomendada por los superiores en las islas Filipinas. Dios le halló maduro y él cumplió como buen siervo del Señor en su campo.

Lastimosamente no encontramos escritos personales o que nos hablen más concretamente de la obra personal del p. Mielgo. Sin embargo constan las responsabilidades de confianza que le encomendaron los superiores mayores como párroco y prior vocal, de donde se puede deducir que era un magnífico gestor de los proyectos ya en marcha y no carecía de iniciativas. El prior vocal suponía representar a otros priores locales y llevar a las asambleas capitulares inquietudes y propuestas de los demás hermanos de su circunscripción o las necesidades para llevar a cabo obras determinadas en orden a la vida religiosa o ministerial⁴⁹.

APÉNDICE DOCUEMNTAL

Partida de Bautismo

Transcripción, fiel a la grafía original, tomada del libro de bautismos de la parroquia de San Esteban de Villamayor de Campos (Archivo del obispado de Zamora):

“En el Barrio de Otero de Villamayor de Campos a quatro del mes de maio de mil setecientos setenta y siete nació un niño hijo de Gaspar Mielgo y Ángela Serrano, vecinos de Villanueva de los Caballeros existentes al presente en esta villa, y en diez y ocho de maio del mismo año el infrascrito monge de Nuestro Padre (N.P.S) S. Benito y cura en S. Esteban de dicha villa, le bauticé solemnemente y puse por nombre Juan. Fueron padrinos, que le tuvieron al bautizarle, Santiago de Cruz y Magdalena Ronchad, mozos solteros y naturales de esta vecindad. Advertiles el parentesco y la obligación de educarle.

Abuelos paternos del niño, Juan Mielgo ya difunto, y Luisa Alonso, vecino q. él fue y ella es en Villanueva de los Caballeros, obis-

⁴⁹ Agradecimientos a los pp. Carlos Alonso, Jesús Álvarez, Policarpo Hernández, Blas Sierra, Ángel Martínez Cuesta, OAR y D. Roberto Blanco, que bondadosamente me han facilitado datos y documentación con sus trabajos.

pado de Palencia. Maternos Simón Serrano y Águeda Barranguero, vecinos en Otero de Villamayor de Campos.

Fueron testigos Fco Valerio y Antonio Blanco ambos de esta vecindad y para que siempre aia noticia lo firmo ut supra”: Fr. Gregorio Calderón, Cura en S. Esteban [*rúbrica*].